

## La utopía ellacuriana de otra universidad posible

**Héctor Samour**

Catedrático del Departamento de Filosofía de la Universidad Centroamericana  
“José Simeón Cañas”

**Palabras clave:**

universidad, cultura, mayorías populares, derechos humanos, liberación, inspiración cristiana.

### Resumen

El artículo destaca y explica las principales características del modelo de universidad que propuso Ignacio Ellacuría en la década de los setenta, un modelo de universidad distinta que asume a las mayorías populares como horizonte de su actividad y que configura y activa todo su poder institucional, mediante la docencia, la investigación y la proyección social, al servicio del análisis de las causas de la opresión y la transformación de la realidad histórica, con el fin de convertirse en un respaldo teórico, ético y político de una praxis histórica de liberación.

### 1. Introducción

Ignacio Ellacuría dedicó las dos últimas décadas de su vida a trabajar intensamente en la Universidad Centroamericana (UCA) de El Salvador, entre 1967 y 1989, como miembro de la Junta de Directores, como jefe del Departamento de Filosofía y los últimos diez años de su vida como rector de la universidad, hasta que fue asesinado por el ejército salvadoreño junto a cinco compañeros jesuitas y dos colaboradoras, Elba y Celina, el 16 de noviembre de 1989.

Sus más de veinte años en la UCA —una universidad de la Compañía de Jesús, no *católica*, sino *de inspiración cristiana* (opción que le permitía tener autonomía con respecto a la jerarquía de la Iglesia católica, en aquel tiempo demasiado cercana a la oligarquía nacional y al ejército)— coincidieron con un período de enorme ebullición política en el subcontinente latinoamericano (años

sesenta, setenta y ochenta), en concreto, en El Salvador, con durísimas represiones militares a los movimientos sociales de defensa de los derechos humanos y a la protesta popular por los fraudes electorales (años setenta), y posteriormente durante los diez años que duró la guerra civil entre el ejército y el FMLN (1981-1992).

Como rector, Ellacuría jugó un rol prominente en organizar y orientar todo el poder institucional de la universidad, a través de su investigación, docencia y proyección social, y de todas sus publicaciones, hacia el análisis de las causas de la pobreza, la exclusión y la opresión en El Salvador. Además, Ellacuría tuvo una importante presencia pública en los medios de comunicación denunciando las causas estructurales del conflicto armado, los fraudes electorales, la represión militar contra las organizaciones populares y los agentes de las comunidades eclesiales de base, el cierre de las vías pacíficas para acceder al control del poder político por parte de la oposición al régimen militar, y la violación de los derechos humanos por parte de los dos principales bandos en pugna, pero especialmente la cometida sistemáticamente por parte del ejército salvadoreño en la represión y en la ejecución de masacres de miles de pobladores en las comunidades campesinas que estaban dentro de las zonas de combate.

Junto a esta labor de denuncia y crítica, Ellacuría también se involucró tenazmente en la búsqueda de la solución negociada del conflicto armado. Su voz y su presencia pública, sus diálogos con representantes de las fuerzas gubernamentales e insurgentes, su apoyo a la realización de un debate nacional por la paz en el que participaran organizaciones de la sociedad civil no alineadas con alguna de las partes contendientes, entre otras acciones personales que emprendió, estaban orientadas fundamentalmente al objetivo

último de la paz. En sus últimos dos años de vida, buscó organizar a grandes segmentos de la población para que presionaran a las partes en lucha para que dialogaran y negociaran la finalización de la guerra, que buscaran acuerdos que, primeramente, minimizaran los daños que provocaban las acciones militares en la población civil y que, después, produjeran una serie de acciones que sentaran las bases para un proceso genuino de desmilitarización y democratización de la sociedad salvadoreña.

Los militares y los grupos oligárquicos de la época creyeron que Ellacuría era un guerrillero. El alto mando del ejército que ordenó su asesinato lo hizo creyéndolo eso, un promotor de la violencia, pero no era así. Ellacuría era un hombre que quería y que buscaba la paz. No solo buscó que grandes segmentos de la sociedad se movilizaran por la paz, sino que también intentó construir puentes para que terminara una guerra empantanada y productora no solo de una violencia caduca, sino también de más pobreza y de exclusión social, que irónicamente era lo que perseguían erradicar los dirigentes insurgentes en la guerra civil entonces en marcha.

Ellacuría planteaba que un sistema radicalmente violento era el que no permitía vivir en forma humana, digna, a la mayoría de las personas y a las comunidades. Es la “violencia primera”, la “violencia radical” o “institucional”, como la llamó la Conferencia de Obispos Latinoamericanos de Medellín, en 1968:

“... es la injusticia estructural, la cual mantiene violentamente —a través de estructuras económicas, sociales, políticas y culturales— a la mayor parte de la población en situación de permanente violación de sus derechos humanos”<sup>1</sup>.

1 Touris, C. (2010). Notas preliminares y documento sobre la violencia en América Latina enviado a Pablo VI y a los obispos reunidos en Medellín, junio de 1968. *PROHAL MONOGRÁFICO. Revista electrónica del Programa de Historia de América Latina*. Vol. 2. Primera Sección: Vitral Monográfico N.º 2, pp. 155-163. [http://www.filo.uba.ar/contenidos/investigacion/institutos/ravignani/prohal/Vitral\\_Mono\\_N2/Doc\\_digitalizados/doc\\_digitalizados2.html](http://www.filo.uba.ar/contenidos/investigacion/institutos/ravignani/prohal/Vitral_Mono_N2/Doc_digitalizados/doc_digitalizados2.html).

Los obispos en Medellín también decían que, a esta violencia primera, seguía la “violencia segunda”, la violencia insurreccional, a la que respondía el pueblo organizado con armas y revolución, contra la opresión y la exclusión.

Ellacuría no aceptaba esta violencia segunda e incluso condenaba tajantemente sus formas terroristas, pero decía que había que considerar la violencia institucional (o estructural) como causa última de la otra. Planteaba que podíamos intervenir en una historia abierta donde ya hay situaciones hechas, pero en las que podemos actuar con voluntad y decisión, analizando las posibilidades reales que se ofrecen para iluminar y orientar una praxis de liberación. Pero, además, Medellín señalaba que hay una tercera violencia, que es la del Estado que acalla a los que no lo aceptan, a los disidentes. Es la violencia represiva. Esta violencia, la violencia represiva, fue la que asesinó al rector y a sus compañeros y compañeras, con una tecnología terrorista que trató de aniquilar a su crítico y a su legado.

Lo destacable de Ignacio Ellacuría era que, a la par que se involucraba en la dinámica sociopolítica salvadoreña, ejercía su cargo de rector y realizaba sus tareas de profesor, también producía intelectualmente en el campo de la teoría política, la teoría universitaria, la teología y la filosofía. A los que vivían con él, les admiraba su capacidad de trabajo y de poder dedicarse con tanto acierto e intensidad a ocupaciones tan variadas y que exigían tanta dedicación.

Ellacuría fue y es conocido principalmente como uno de los principales representantes de la teología de la liberación. Sin embargo, él paso las dos últimas décadas de su vida elaborando las bases de un proyecto de filosofía liberadora de cara a la realidad histórica latinoamericana, fundamentalmente sobre la base del pensamiento filosófico de Xavier Zubiri. Uno de sus últimos trabajos que dejó al momento de su muerte, su libro *Filosofía de la realidad histórica*, que no

pudo publicar en vida, es un texto de más de quinientas páginas, inacabado, y sometido a varias revisiones y correcciones por parte del mismo Ellacuría, que dieron lugar a diferentes versiones del texto, que él comenzó a redactar en 1975. La última versión fue publicada póstumamente en 1990 en El Salvador por la editorial de la UCA, y en España, en 1991, por la editorial Trotta.

En los años posteriores a su muerte hasta la fecha, un buen número de académicos e intelectuales han recolectado y estudiado sus textos filosóficos, muchos de ellos inéditos en la vida del autor, y han reconstruido su pensamiento filosófico, mostrando que Ellacuría tenía no solo una teología, sino también una filosofía propia, bien elaborada, estructurada y fundamentada, la cual constituye una relevante contribución a la tradición latinoamericana de pensamiento crítico y liberador.

De todo lo dicho antes, quisiera desarrollar el tema de la universidad en Ignacio Ellacuría.

## 2. Una universidad para la liberación

En el contexto histórico en el que vivió Ellacuría, no fueron pocas las universidades en América Latina que optaron por no entrar en ese tipo de conflictos, y que se mantuvieron al margen, siguiendo con su docencia y con su investigación como si no estuviera pasando nada. En el polo opuesto, otras optaron por identificarse plenamente con una causa política determinada, en general, de izquierdas, hasta el punto de que se llegó a desdibujar su perfil institucional universitario.

Históricamente, las universidades latinoamericanas han propendido a caer en una de esas dos formas falsas de politización. Por un lado, universidades dedicadas a favorecer, por su orientación profesionalizante, a los más privilegiados en la escala social, pretendiendo una presunta cientificidad neutra. Por otro, universidades que han ido en busca de una acción política inmediata para lo cual no están instrumentalmente preparadas y para lo cual no han contado con el poder debido,

con menoscabo evidente de la preparación científica y técnica.<sup>2</sup>

Para Ellacuría, la universidad no debería ser un campo de batalla, un lugar para campañas políticas, una retaguardia para la acción de los políticos, pero tampoco debería ser un espacio apolítico y neutral, organizado únicamente para formar profesionales, según las demandas del mercado laboral. La UCA debería ser un espacio para la crítica de la realidad social e histórica y para la elaboración de propuestas concretas y viables para posibilitar una transformación social. Debería ser un espacio para ejercer una crítica con el fin de introducir racionalidad en el proceso sociopolítico. Ellacuría sostenía que la injusticia lleva consigo una carga de irracionalidad, y la irracionalidad es un dato primario de sociedades divididas y contrapuestas como la salvadoreña, caracterizadas por la desigualdad, la pobreza y la exclusión de grandes segmentos de población. Por esa razón, al ser la universidad una institución cuya finalidad es introducir en el cuerpo social el máximo de racionalidad, la situación de esas sociedades exige su intervención, justamente, por su radical situación de irracionalidad.

La universidad, el pensamiento, el saber y la cultura eran para Ellacuría la forma de comprender y abrir nuevas perspectivas de futuro fundadas en la inteligencia, en resultados de la investigación sociohistórica, en el desarrollo de las ciencias, de las técnicas, de la teología, de la filosofía y su interminable búsqueda de la verdad, para la plena humanización y felicidad de los seres humanos en una sociedad concreta. Por eso insistió, desde la década de los setenta, en constituir una universidad al servicio de la sociedad, acompañando a los pobres y sus luchas en

sus reivindicaciones más sentidas, buscando iluminar los caminos que deberían transitar para que pudieran lograr su liberación definitiva.

Se debe construir una cultura liberadora —decía Ellacuría— para no dejar “la historia de un pueblo en las manos exclusivas de los cultivadores políticos del pueblo, de los cultivadores que buscan el poder (supuestamente) para el pueblo, ya no digamos de cultivadores de otro corte político”<sup>3</sup>.

En esta línea, afirmaba que “el sentido último de una universidad y lo que es en su realidad total debe mensurarse desde el criterio de su incidencia en la realidad histórica, en la que se da y a la que sirve. Debe mensurarse, por tanto, desde un criterio político”<sup>4</sup>. Esto le lleva a preguntarse explícitamente por la dimensión política de la universidad, “porque esta dimensión es un hecho innegable y un hecho de grandísima importancia para la orientación misma de la universidad. El carácter distinto de la universidad no estará, entonces, en no cumplir con su misión política, sino en cumplirla de otra manera”<sup>5</sup>.

Frente a las dos formas inadecuadas y falsificadoras de politización de la universidad —la de contribuir a robustecer el sistema dominante respondiendo positivamente a sus demandas, o la enfrentarse con el sistema, según el modo de hacerlo de los partidos políticos de oposición o de las organizaciones populares—, Ellacuría proponía lo que debe ser la misión política de la universidad o, mejor dicho, el modo universitario de realizar la tarea de liberación.<sup>6</sup>

“Universidad y política”<sup>7</sup> es el título de un artículo de Ellacuría que salió publicado en ECA en 1980. Se relaciona por la temática

2 Ellacuría, I. (1975). Diez años después, ¿es posible una universidad distinta?, en Autor (1999). *Escritos universitarios*. San Salvador: UCA Editores, p. 52.

3 *Ibid.*, p. 60.

4 *Ibid.*, p. 50.

5 *Ibid.*, p. 51.

6 *Ibid.*, p. 54.

7 Ellacuría, I. (1979). Universidad y política, en Autor. (1999), *op. cit.*, pp. 169-202.

con una ponencia de Ellacuría de 1976, titulada “Una universidad centroamericana para El Salvador”<sup>8</sup>. En ambos textos, se pretende fundamentar filosóficamente la dimensión política de la universidad y dar pistas para resolver el problema de su politicidad.

Se parte de la tesis de que el intrínseco carácter político de la universidad se deriva de su esencial carácter histórico. La universidad es una realidad política porque es una realidad histórica. Esto significa, por un lado, que no existe la universidad o una universidad que deba implantarse en todos los tiempos y en todos los lugares —punto importante, destaca Ellacuría, para no trasladar mecánicamente modelos impuestos de universidad—; por otro, significa que la universidad está condicionada por lo que es la realidad en la que se da, y que, por lo tanto, debe esforzarse en no ser arrastrada por lo que es su contexto histórico, y buscar contracondicionar o transformar dicho contexto desde su carácter de universidad.

De aquí se desprende que no puede ni debe haber una universidad apolítica. No debe haberla, “porque una universidad que no quisiera positivamente y desde sí misma ser política, estaría forzosamente politizada, pues tendría una u otra relación con el poder del Estado y tendría uno u otro influjo sobre el conjunto de poderes que condicionan el ser de la sociedad; sería política a su pesar, esto es, irracional e indeliberadamente, lo cual sería la negación de su propia esencia”<sup>9</sup>.

Por tanto, por universidad política Ellacuría entiende, en primer lugar, una universidad

que debe pretender incidir sobre la reestructuración y conformación de la sociedad, de los poderes sociales y, mediatamente, de los poderes político-estatales. En segundo lugar, que no sea universidad y “además” tenga algunas actividades políticas, sino que toda su labor universitaria esté orientada y animada por una clara intencionalidad política, que no distorsione la especificidad de la labor universitaria, pero sí la obligue a optar y a orientarse por una opción sociopolítica fundamental. En tercer lugar, que tenga un juicio y una opción fundamentales sobre la realidad política como un todo y sobre la dirección que ha de dársele a esa realidad política. Y, finalmente, que permanentemente se pregunte por qué fuerzas de la sociedad está consciente o inconscientemente dirigida y a qué fuerzas está positivamente sirviendo o negativamente dejando de servir.<sup>10</sup>

Desde estos presupuestos, Ellacuría afirma que la politicidad fundamental de la universidad se elabora al darle prioridad y rango directivo a la proyección social sobre la docencia y la investigación, entendiendo aquí dicha proyección como “aquella que busca prioritariamente la radical transformación del desorden (institucional) establecido y la injusticia estructural”<sup>11</sup>. Según esto, la proyección social “no se confunde ni con la extensión universitaria, que busca regalar migajas de cultura a grupos que no pueden acceder a la universidad ni tampoco se confunde con el servicio social, esto es, con el trabajo que alumnos y profesores pueden hacer supletoriamente en favor de determinados grupos sociales”<sup>12</sup>.

8 Ellacuría, I. (1976). Una universidad centroamericana para El Salvador, en Autor. (1999), *op. cit.*, pp. 93-103.

9 *Ibid.*, p. 94.

10 *Ibid.*, p. 95.

11 Ellacuría, I. (1979). Universidad y política, *op. cit.*, p. 186. Ellacuría tiene una visión estructural de la universidad y de sus funciones esenciales. Docencia, investigación y proyección social se codeterminan en su vinculación intrínseca, aunque en el comportamiento político de la universidad como un todo, la proyección social tenga la prioridad y marque la orientación y el contenido fundamental de las otras dos funciones.

12 *Id.* En su artículo “Diez años después, ¿es posible una universidad distinta?” (1975), Ellacuría afirma que la “extensión universitaria no debiera concebirse meramente como un llevar la universidad hasta ciertos grupos que normalmente no accederían a ella, sino como un alcanzar directamente la conciencia colectiva de la nación”, mediante el desenmascaramiento de la situación de las mayorías populares, la conciencia de sus derechos y de sus obligaciones en la construcción de una sociedad más justa.

La universidad se puede poner en contacto con la sociedad de diversas maneras, formando profesionales, por acciones espontáneas de sus miembros en cuanto llevan la representación formal o virtual de la universidad, pero cuando habla de proyección social, Ellacuría se refiere “a la acción inmediata de la universidad como un todo sobre el todo de la sociedad o sobre alguna de sus fuerzas estrictamente sociales”, y se operativiza en la contribución a la creación, modificación y configuración de una conciencia colectiva en su dimensión estructural, asumiendo que la conciencia colectiva es uno de los elementos esenciales de la estructura social, “sobre todo cuando es asimilada como propia por una fuerza social emergente o cuando se objetiva en instituciones socialmente operantes”<sup>13</sup>.

Uno de los aportes importantes para realizar la proyección social es la elaboración de un diagnóstico científico y/o racional sobre la realidad histórica del país en su conjunto y sus partes, incluido el análisis y la crítica de la ideología oficial o de la forma en que ven y aprecian esa realidad los grupos sociales dominantes, así como la propuesta de modelos y valores nuevos. También, Ellacuría señala la importancia de producir “un saber crítico” (liberador), lo cual supone “una reflexión epistemológica sobre cualquier saber, pero también una reflexión ética, igualmente crítica, sobre todo saber y todo hacer”<sup>14</sup>.

Son aportes fundamentales a través de los cuales la universidad se puede constituir en “momento iluminador y propulsor, reflexivo y crítico” de los procesos que efectivamente favorezcan el cambio social, e incluso convertirse, cuando ello es posible, en un factor importante en la configuración del elemento subjetivo o ideológico de una praxis liberadora.<sup>15</sup>

Pero la proyección social no se reduce solo a esto; pretende, además, según Ellacuría, intervenir directamente en aquellos centros de decisión o de poder que determinan cuestiones importantes en la marcha de la sociedad, con el fin de propiciar o posibilitar las transformaciones requeridas o proyectadas. Una condición indispensable para ello es que la universidad cuente con prestigio técnico, ético y político, “así como grupos diferenciados, realmente expertos, que puedan tratar con fuerzas diferenciadas”. En este sentido, es importante la pluralidad universitaria, siempre que mantenga una unidad dicha pluralidad, pues eso le da “enormes ventajas, tanto técnicas como políticas para abarcar distintos campos y para acercarse a fuerzas sociales contrapuestas”<sup>16</sup>.

De todo este planteamiento se desprenden una serie de características de lo que debe ser la misión política de la universidad y su modo propio de contribuir a la liberación en contextos como el nuestro. A continuación, explicaré esas características.

### 3. Universidad, mayorías populares y liberación

La función sociopolítica (proyección social) de la universidad consiste en participar en procesos históricos de liberación, pero “universitariamente”. La universidad aporta un conocimiento científico, un universo cultural, un sistema educativo, que todo él debería estar al servicio de ese camino hacia la libertad, que es el camino propiamente humano. En esta nueva concepción de universidad, esta debería ser el foro donde se analice exhaustivamente qué hay de inhumano en la estructura política, social y económica, y qué transformaciones habría que implementar en ella para que la estructura social estuviera al servicio del bien común.

.....  
13 *Ibid.*, p. 187.

14 *Id.*

15 *Ibid.*, p. 188.

16 *Ibid.*, p. 189.

Por esta razón, el objetivo último de la politización universitaria según el modelo de universidad que propone Ellacuría está determinado “por las exigencias objetivas de las mayorías populares, exigencias deducibles tanto de su propia realidad objetiva en el contexto social como de su voluntad expresa manifestada” en sus luchas de emancipación. Esta opción preferencial por las mayorías oprimidas “se realiza configurando toda la labor universitaria desde las necesidades de las mayorías y liberando el mayor potencial posible para la proyección social formalmente tal”<sup>17</sup>.

Esto significa que, en su contribución a la tarea de liberación, la universidad debe parcializarse, o, mejor dicho, debe optar por una de las parcializaciones ineludibles, en el contexto de una sociedad dividida y contrapuesta. La universidad no debe tener como horizonte último de su actividad los intereses subjetivos de sus miembros, sino los intereses objetivos de las mayorías populares. Así lo justifica Ellacuría: “No siendo posible en un determinado momento histórico la superación anuladora de las diferencias, [la universidad] tiene que ponerse de parte de aquellos sectores, que no sólo son la mayoría, una mayoría tan aplastante, que ya sólo por esta razón cuantitativa puede considerarse como la auténtica representativa de los intereses generales, sino que son la mayoría injustamente deshumanizada. En este sentido no pueden ser las clases dominantes el criterio de su orientación, sino los intereses objetivos, científicamente procesados, de las mayorías oprimidas”<sup>18</sup>.

¿Es válida la opción de la universidad por la liberación de las mayorías populares? “¿Debe la universidad en cuanto universidad dedicarse formal y explícitamente a la defensa de los derechos humanos fundamentales de las mayorías populares o esa es solo una tarea

que, en el mejor de los casos, debe ocuparla de un modo tangencial y derivado?”<sup>19</sup>. El artículo de Ellacuría “Universidad, derechos humanos y mayorías populares”, de 1982, está orientado principalmente a dar respuestas a estas preguntas y a justificar teóricamente la opción fundamental de la universidad por la liberación de dichas mayorías. En otro artículo<sup>20</sup>, Ellacuría ya se había referido a una justificación ética y a una justificación cristiana de la opción por las mayorías pobres, pero ahora concentra en la justificación teórica.

Ellacuría comienza con la afirmación de un supuesto epistemológico polémico: “[E]l lugar teórico por excelencia para enfocar los grandes problemas sociales, en orden a su interpretación correcta y su solución práctica, es, en general, el de las mayorías populares”<sup>21</sup>. La cuestión de la parcialidad en el conocimiento de lo real es una cuestión epistemológica debatida en el ámbito de la filosofía de la ciencia, porque supuestamente estaría atentando contra las características de pureza, objetividad y neutralidad que deberían caracterizar el conocimiento científico de la realidad, según el paradigma del *cogito* cartesiano y del método científico moderno. Sin embargo, la epistemología contemporánea ha cuestionado definitivamente la orientación empirista y positivista y cada vez ha ido poniendo en claro el carácter histórico, situado y hermenéutico del conocimiento de la realidad, incluyendo el conocimiento producido por las ciencias físico-matemáticas.

Según esto, lo que afirma Ellacuría es que en sociedades divididas y contrapuestas, donde predomina la injusticia, “son las mayorías y su realidad objetiva el lugar adecuado para apreciar la verdad o la falsedad del sistema en cuestión; un sistema social que mantiene por largo trecho de tiempo a la inmensa mayoría en una situación deshumanizada queda refutado por esta misma

17 Ellacuría, I. (1979). Universidad y política, *op. cit.*, p. 195.

18 Ellacuría, I. (1975). Diez años después, ¿es posible una universidad distinta?, *op. cit.*, p. 55.

19 Ellacuría, I. (1982). Universidad, derechos humanos y mayorías populares, en Autor (1999), *op. cit.*, pp. 203-219.

20 Ellacuría, I. (1979). Universidad y política, *op. cit.*, p. 195.

21 Ellacuría, I. (1982). Universidad, derechos humanos y mayorías populares, *op. cit.*, p. 203.

deshumanización mayoritaria”<sup>22</sup>. De ahí la importancia que Ellacuría le da, en la producción de conocimiento, al momento opcional por el “lugar-que-da-verdad y que hace verdad”, y que está vinculado a la postura ética que rechaza las situaciones de injusticia y de no-libertad que se dan en nuestra realidad histórica, y vinculado, también, a la valoración teórico-epistemológica que ve en aquellas “las represiones fundamentales de la verdad”<sup>23</sup>.

Ellacuría vincula negativamente verdad con injusticia, en el sentido de que “la injusticia es la gran represora de la verdad”; pero, como él dice, se trata de una relación dialéctica, “ya que sólo en la lucha contra la injusticia y en el retroceso de ésta se abrirá campo a la posibilidad real de la verdad”. Por esta razón, ambas tareas —la lucha contra la injusticia y la búsqueda de la verdad— no pueden ni deben separarse y trabajarse de forma independiente.

Lo anterior es lo que justifica la necesidad de que la universidad, como buscadora de la verdad, “se dedique negativamente a la lucha por la desaparición de la injusticia y, positivamente, a la lucha en favor de la libertad”, y a que se proponga, por tanto, cumplir su misión desde la perspectiva de la defensa de los derechos humanos de las mayorías populares oprimidas y de su liberación.<sup>24</sup>

Otra manera de justificar esto mismo, según Ellacuría, es aceptar que “la existencia de mayorías populares oprimidas representa, en sí misma, la negación existencial y material

más fuerte de la verdad y de la razón”, por lo que su superación “es uno de los desafíos mayores que se presentan a la inteligencia y a la voluntad de la universidad para que ellas encuentren la respuesta teórica adecuada y la solución práctica efectiva”<sup>25</sup>. O para expresarlo de una manera más actual: ¿por qué la universidad debe ocuparse *primariamente* de las víctimas de la sociedad o de las víctimas de todo sistema? La respuesta sería porque es un hecho real, es un hecho irracional y es un hecho injusto, y la universidad, por las exigencias de la realidad, de la razón, de la verdad y de la justicia, no puede sino asumir su superación como objetivo primario de su misión universitaria.

Ellacuría insiste en esto, porque está combatiendo la idea de que la universidad debe dedicarse *primariamente* a atender las necesidades del sector productivo y de la modernización de la sociedad, y *secundariamente* a ejercer una función social supletoria a favor de los sectores pobres.<sup>26</sup> En este modelo, la universidad busca atender *primariamente* las necesidades de las empresas y de los productores en detrimento de su quehacer social y político y de la actividad humana. Según esto, a la universidad se va a aprender los saberes, las experiencias, las herramientas para el aprendizaje y los contenidos básicos. A la universidad le corresponde introducir a los alumnos en el mundo de la ciencia y de la tecnología, con todo lo que implica de modernización de las mentalidades y de sometimiento a la autoridad académica y a

22 Ellacuría, I. (1979). Universidad y política, *op. cit.*, p. 195. En su artículo “La historización del concepto de propiedad como principio de desideologización” (*ECA*, 335-336, 1976, p. 426), Ellacuría formula esta tesis así: en una sociedad dividida, “hay dos puntos de vista fundamentalmente opuestos: el de quien desde una situación de predominio ve en peligro sus ventajas y el de quien desde una situación de opresión ve la necesidad y el derecho que le asiste para salir de ella. Si se tipifica así la situación, es más probable que el sistema de razones, esgrimido por la parte oprimida, tenga mayor validez como conjunto; una validez ética y social, que, si se acompaña de la debida reflexión crítica, estará más cerca de la objetividad social”.

23 Ellacuría, I. (1985). Función liberadora de la filosofía. *ECA*, 435-436, p. 60.

24 Ellacuría, I. (1982). Universidad, derechos humanos y mayorías populares, *op. cit.*, pp. 207-208.

25 *Ibid.*, p. 208.

26 Cf. Escotet, M. Á. (1993). *Tendencias, Misiones y Políticas de la Universidad*. Managua: UCA/UNESCO, p. 31. <http://repositorio.uca.edu.ni/4509/1/Tendencias%20misiones%20y%20pol%C3%ADticas.pdf>.

la disciplina estricta del aprendizaje.<sup>27</sup> Esto es cierto y válido, pero no es suficiente para el tipo de universidad que la UCA pretende ser, en el contexto de la realidad histórica salvadoreña, centroamericana y latinoamericana.

Ellacuría denuncia la “trampa mortal” de este tipo universidad cuyo rol se reduce a dos tareas que se supone deben ser realizadas por ella y que tienen que ver con el desarrollo y el crecimiento económico: la formación de técnicos, y en general de élites dirigentes, y la transmisión de determinados saberes técnicos, sin los cuales una sociedad no podría subsistir, una vez que ha entrado en el círculo del mercado capitalista. Se dice que la sociedad necesita la formación de élites dirigentes para afrontar las necesidades de las mayorías populares; “con lo cual [dice Ellacuría] o se robustece más a los detentadores del poder económico, que racionalizan la explotación con la ayuda de élites dirigentes, muchas de ellas formadas en la universidad, o se crea una clase de tecnócratas, que busca su propia reafirmación y autoreproducción, que le permite ser una minoría y le permite separarse de los modos de vida de las mayorías populares”<sup>28</sup>. El segundo aspecto consiste en la recepción de unas técnicas y de un conjunto de saberes, valores y pautas de conducta que se supone son necesarios para el desarrollo y para una vida “feliz”, “pero que, de hecho, son el cebo para perpetuar el sistema, en el cual siempre son favorecidos... no las mayorías populares, sino... los más fuertes, los que

lograron inicialmente una mayor acumulación de capital y de recursos educativos”<sup>29</sup>.

En resumen, concluye Ellacuría sintetizando esta cuestión, “son necesarios los profesionales y los saberes técnicos para salir del subdesarrollo, pero esos mismos profesionales y saberes técnicos mantienen la marginación y el subdesarrollo de la inmensa mayor parte de la humanidad. Es evidente, como hecho, que en la historia del mundo nunca hubo tantos hombres (seres humanos) tan pobres, tan desposeídos, sobre todo en relación con tan pocos ricos y depredadores”<sup>30</sup>.

Entonces, la salida a la trampa mencionada está en que la universidad asuma conscientemente a las mayorías populares como su objetivo último e integral. Para Ellacuría, la liberación y la superación de las mayorías populares tienen en sí mismas características más que suficientes para potenciar e integrar cualesquiera objetivos legítimos, que pueda proponerse la universidad como un todo o en cada uno de sus sectores, ya sea en el ámbito de la docencia, de la investigación y de la proyección social, sin perder por ello rigor científico y calidad académica y técnica.<sup>31</sup>

La universidad debe jerarquizar sus actividades, según el criterio de las mayorías populares y de lo que más favorece la satisfacción de sus necesidades y, en definitiva, su liberación. Este principio permite jerarquizar “qué se debe investigar prioritariamente, qué se debe intentar enseñar y cómo, qué dimensión debe tener la universidad y cuántos alumnos

27 Cf. García Roca, J. (2001). Universidad y acción solidaria. Conferencia en el II Congreso Nacional de Voluntariado Universitario. Murcia.

28 Ellacuría, I. (1982). Universidad, derechos humanos y mayorías populares, *op. cit.*, pp. 206-207.

29 *Ibid.*, p. 207.

30 *Id.*

31 *Ibid.*, pp. 210-211. Y esto por dos razones fundamentales. En primer lugar, porque la realidad histórica, para ser conocida, analizada, interpretada y valorada, exige una diversidad de disciplinas y técnicas, y una variedad y calidad de recursos intelectuales. “Es la realidad principio fundante y determinante de la inteligencia y para nuestro caso es la realidad nacional, con su multiplicidad de aspectos y su entronque con la realidad universal histórica, el principio fundante y determinante de lo que debe ser el saber universitario”. Y, en segundo lugar, porque la realidad (nacional, regional, global, la realidad histórica, en definitiva), como objeto de estudio de la docencia y la investigación, “no puede percibirse de un modo integral y concreto más que desde ese elemento determinante que es el de las mayorías populares oprimidas, al menos en naciones subdesarrolladas como las nuestras”.

deben ser aceptados, qué carreras deben tener prioridad y cómo deben ser estudiadas, qué valores y qué formación profesional deben ser impartidos, qué estructura debe tener la propia universidad”<sup>32</sup>.

De lo que se trata —dice Ellacuría— no es de crear una “universidad popular”, en el sentido usual que se ha entendido, ni una universidad que dedique una parte sustancial de su esfuerzo a la extensión cultural, sino una universidad que se convierta en la “razón pública y procesada” de la razón de las mayorías populares, la cual “siendo verdadera razón, no puede presentarse como tal, porque no se ha posibilitado al pueblo articular su razón en razones y razonamientos”<sup>33</sup>.

Ellacuría afirma que la universidad debe convertirse en un “lugar de libertad”, entendiéndose por dicha libertad no lo que comúnmente entendemos por ella, ya sea libertad de cátedra o autonomía universitaria, sino el esfuerzo que debe hacer la universidad en cuanto tal para liberarse, para separarse, lo más crítica y radicalmente posible, de las exigencias del sistema y al cual, de algún modo, se ve obligada a servir (momento de liberación-de), con el fin de “volcarse al servicio liberador de las mayorías oprimidas” (momento de liberación-para).

Es un esfuerzo de liberación que también debe realizar la comunidad universitaria: “[S]i esta comunidad [dice Ellacuría] repro-

duce los intereses del sistema social imperante y de las minorías dominantes... si los estudiantes acuden al recinto universitario para lograr un puesto dominante y lucrativo en una sociedad injustamente estructurada, ya nos encontramos con una seria hipoteca de la labor universitaria ideal; si, lo que es peor, los profesores acuden a la universidad con las mismas disposiciones e intereses con que otros profesionales acuden al mercado de trabajo, bien poco será lo que se pueda hacer. Si ni ellos ni la universidad como un todo están liberados de los préstamos que hace la sociedad para obligar a sus miembros a someterse a sus demandas, la batalla por ponerse a favor de las mayorías populares está perdida, por mucho que se utilicen lenguajes encendidos y demagógicos de liberación y de protesta”<sup>34</sup>.

#### 4. La cultura como campo propio de la actividad universitaria

Ellacuría afirma que se debe hacer de la cultura el campo propio de la actividad universitaria, entendida “como acción cultivadora y transformadora de la realidad”. La cultura creada por la universidad debe tener así un esencial sentido práxico, “por cuanto proviene de una necesidad de acción y debe llevar a una acción transformadora del propio sujeto y de su contorno natural e histórico”<sup>35</sup>. Lo que se debe buscar es la configuración de “una conciencia colectiva debidamente proce-

32 *Ibid.*, p. 212.

33 *Ibid.*, p. 215. Ellacuría aclara que la universidad no puede pretender sustituir las demandas empíricas de las mayorías en virtud de una presunta racionalidad, que conociera mejor las demandas reales de esas mayorías, a las que se impondría lo que debieran querer. No se trata de que la universidad se convierta en vanguardia ideológica de las mayorías, sino en una instancia que intenta reflexionar y procesar, desde un contacto directo con esas mayorías, lo que las llevaría mejor a la solución más racional de sus necesidades.

34 *Ibid.*, p. 217. Se debe lograr la constitución de una comunidad universitaria consciente de sus posibilidades reales y de sus obligaciones respecto de la sociedad, que sepa aunar dimensiones y potencialidades reales, actualmente desaprovechadas. Una comunidad compuesta por personas convencidas y comprometidas con las mayorías populares. Para Ellacuría, el camino universitario ofrece posibilidades excepcionales para servir a los demás. Ciertamente no es el camino del gobierno y del poder político o estatal, no es el camino de los partidos políticos sean de oposición o no lo sean, no es el camino de las organizaciones populares y sindicales, no es el camino de la misión eclesiástica ni, por supuesto, es el camino de la empresa privada. El camino universitario es un cauce distinto, que tiene sus propias peculiaridades, que no necesita abandonar en su esfuerzo de participar en una praxis de liberación.

35 Ellacuría, I. (1975). Diez años después, ¿es posible una universidad distinta?, *op. cit.*, p. 57.

sada y convenientemente operativizada” en función de los cambios necesarios para lograr la liberación, pero sin caer en un idealismo de la historia, que supone que los cambios se darán en el puro ámbito del saber y de la conciencia, con independencia de las estructuras sociales y de la praxis colectiva.<sup>36</sup>

En la búsqueda de esta cultura crítica y liberadora, la universidad, según Ellacuría, “debe intentar dar resonancia al sentir profundo del pueblo, al sentir de sus necesidades, de sus intereses, de sus sentimientos, de sus apetencias, de sus valores. Cultura nacional no es, entonces, folklore nacional, aunque el folklore puede que exprese algunos aspectos importantes del ser popular”<sup>37</sup>. Se debe evitar, por tanto, una consideración estetizante de la cultura nacional que puede llevar al narcisismo y la quietud, “cuando lo que se necesita es operatividad para la construcción de un hombre nuevo en una tierra nueva. La cultura debe ser vigilancia despierta, tensión hacia el futuro, transformación”<sup>38</sup>.

Lo que está en juego en la cultura es la realidad histórica del país, “la realidad dinámica de una nación que se está haciendo y a cuyo hacer contribuyen una multitud de fuerzas y factores. La cultura comprende, por lo tanto, no solo el conocimiento procesado de la realidad nacional, no solo la anticipación de su futuro, sino el trazado de los caminos y la preparación de los medios para su realización”<sup>39</sup>.

Pero la cultura debe ir también a la constitución de nuevos valores, lo cual supone desenmascarar los presentes, en muchos de los cuales se legitima la dominación. Desde esta perspectiva, la cultura se convierte en crítica o lucha ideológicas, lo cual supone sacudimiento y ruptura con la cultura domi-

nante. La cultura de la universidad debe ser “una cultura que rompa todo vínculo de dominación, una cultura que avance hacia una liberación siempre mayor, pero una cultura realmente vivida en cada paso del proceso”<sup>40</sup>.

## 5. La “palabra eficaz” como método fundamental

El método fundamental de la acción universitaria en esta tarea es, según Ellacuría, el de la “palabra eficaz”, un término que resume en esa época lo que debería ser el impacto sociopolítico de la proyección social de la universidad: “Por palabra se entiende aquí la comunicación recibida y comprendida de la cultura reelaborada por la universidad... Cultura y palabra son así inseparables; la cultura de la universidad no puede quedarse dentro de ella, sino que es, desde un principio, cultivo, acción o, al menos, principio de acción”<sup>41</sup>.

Esta palabra debe caracterizarse por ser “poderosa”, en el sentido de su racionalidad y científicidad, y debe mostrar su eficacia en diversos órdenes: en el orden del análisis de la realidad, del juicio que esa realidad merece y de los medios para transformarla; en el orden del enjuiciamiento ético tanto de orientaciones generales como de determinadas acciones públicas. Lo que se pretende es que esa palabra se haga historia, porque es la única manera de que sea eficaz: “... si se va logrando una cultura... y se va logrando comunicar esa cultura a la realidad y a la conciencia nacional, la eficacia será innegable. Podrá ser lenta porque la historia tiene su propio paso, que no es el de las vidas individuales, pero hará historia. Y lo que no llega a convertirse en historia, más en concreto, en estructura histórica, corre el peligro de ser flor

36 *Ibid.*, p. 58.

37 *Id.*

38 *Id.*

39 *Id.*

40 *Ibid.*, p. 59.

41 *Ibid.*, p. 61.

de un día para los demás, aunque para uno mismo cobre singular relieve”<sup>42</sup>.

Por eso resulta indispensable que la universidad se mantenga cerca y en continua relación con las mayorías empobrecidas, afectadas o en riesgo de exclusión en nuestras sociedades. Una nueva cultura, una nueva civilización, solo puede crearse desde el enriquecimiento mutuo entre la vida cotidiana de las mayorías y la reflexión e investigación universitaria, si estas se dan en el horizonte y la opción por los empobrecidos y la satisfacción de sus necesidades básicas.

La opción por las víctimas de la historia y por su liberación hace que la palabra universitaria adquiera la característica de beligerancia, que le potencia para incidir con mayor efectividad en los cambios culturales, económicos y sociales.

## **6. La beligerancia como talante fundamental de la actividad universitaria**

Si la universidad decide tomar parte en favor de las mayorías populares y, en general, de las víctimas de los diversos sistemas de dominación en los que desarrolla su misión política —no al estilo de un sindicato o de un partido político, sino “universitariamente”—, no cabe duda entonces de que debe ser crítica con esos sistemas que estructuralmente producen exclusión social, y no cabe duda tampoco de que el sistema se va a defender de las críticas, por lo que necesariamente va a haber un conflicto ideológico y político entre la universidad y el sistema sociopolítico, en una lucha en el que puede haber desde disputas tensas. La beligerancia debe ser, en este sentido, el talante fundamental de la universidad:

“El talante fundamental de la actividad universitaria, que tiene por horizonte la situación real de las mayorías oprimidas, no puede ser el del conformismo o el de la conciliación. Tiene que ser un talante beligerante. La beligerancia es, en nuestra situación, una característica importante del quehacer universitario. La universidad es, en nuestra situación, una de las pocas instituciones que puede de verdad ser beligerante. Y debe serlo”<sup>43</sup>.

Según Ellacuría, si la universidad quiere actuar siempre con la razón —ciencia, conocimiento, crítica ideológica, método riguroso—, y si el sistema social, económico y político imperante se vertebra en torno a la irracionalidad, entonces la universidad no puede menos que criticar ese sistema precisamente con la razón. “La razón, en efecto, es de por sí beligerante frente a la irracionalidad reinante, esto es, ante una estructuración de la realidad histórica en términos de flagrante irracionalidad, la universidad como cultivadora crítica de la razón no puede menos de ser y de sentirse beligerante”. Y añade: “Si esta situación, además de irracional, es de positiva injusticia, la beligerancia está todavía más exigida”<sup>44</sup>.

Consecuente con su planteamiento de la politicidad propia de la universidad, Ellacuría insiste en que la beligerancia universitaria “no necesita de alaridos y de acciones violentas”<sup>45</sup>, aunque eso no le ha de impedir ser verdaderamente activa, crítica, siempre en busca de la verdad. Y esto es así porque “no estamos en una sociedad desinteresada y en equilibrio; al contrario, estamos en una sociedad tensada y en pugna, cuya solidaridad solo es posible pensarla en una superación dinámica y procesual de sus contraposiciones, y solo es posible realizarla en una marcha en que la objetividad no esté reñida con la beligerancia activa”<sup>46</sup>.

.....  
42 *Ibid.*, p. 62.

43 *Ibid.*, p. 63.

44 *Id.*

45 *Ibid.*, p. 64.

46 *Id.*

## 7. La transformación estructural de la sociedad como objetivo primario de la actividad universitaria

Ellacuría afirma que la actividad universitaria no busca primariamente la transformación de las personas, sino de las estructuras. No es que ambos objetivos —la referencia a las personas y la referencia a las estructuras— sean contradictorios o que se excluyan entre sí, pero el poner el acento en una de ellas cambia notoriamente la dirección del trabajo universitario. La universidad debe focalizar su aporte específico sobre el problema estructural. Aquí está implícito un supuesto filosófico en el planteamiento ellacuriano, de raíz zubiriana: la única manera de alcanzar la realidad y de atinar con su esencia es alcanzar su estructura, de lo contrario “no se encontrará la realidad”. “La realidad en general es estructural y la realidad social es especialmente estructural... No hay otra posibilidad de alcanzar una dimensión como es la realidad nacional, que la de ir en busca de sus estructuras; de lo contrario, la realidad nacional perseguida a través de sus partes o de sus individuos, es evidentemente inalcanzable y, aunque fuera alcanzable, resultaría inoperable”<sup>47</sup>.

Una primera consecuencia de este planteamiento es que el objetivo principal o primario de la universidad no debe ser solo la formación de profesionales. “La única justificación del enfoque de la universidad hacia la formación de profesionales como dirección primaria de su actividad sería la de entender que solo con profesionales bien formados podría llegarse a la transformación estructural

del país; con lo cual se estaría reafirmando la prioridad de la transformación estructural. Pero como en el actual sistema no es posible realizar esto con una universidad orientada primariamente a la profesionalización, ni siquiera se puede dar esa razón como justificación válida”<sup>48</sup>.

Una segunda consecuencia es que tanto la investigación como la proyección de la universidad en la sociedad “deben quedar orientadas por este objetivo de lo estructural y de lo estructural en trance de transformación. Una transformación que no se reduce, evidentemente, a transformación de conciencia, aunque también la conciencia colectiva participe de un cierto carácter estructural, sino que debe llegar a la transformación de las estructuras de toda índole hasta culminar en la transformación de las estructuras socioeconómicas y políticas”<sup>49</sup>.

Este acento en lo estructural puede parecer que soslaya lo personal, o que minimiza su importancia en la labor universitaria, pero lo que hay que entender, según Ellacuría, es que “la salvación (realización) de lo personal no puede concebirse realísticamente al margen de lo estructural. La pregunta entonces es qué estructuración de la sociedad permite el desarrollo pleno y libre de persona humana y qué acción personal en la transformación de las estructuras debe ser la de quienes en ella participan”<sup>50</sup>. En definitiva, se trata de que la universidad, con su ciencia, su técnica, su profesionalización y su composición misma, se realice participando en praxis históricas de liberación y que en esta acción y objetivación históricas posibilite la

47 *Ibid.*, 65.

48 *Ibid.*, p. 66.

49 *Id.*

50 *Ibid.*, p. 90. La liberación se refiere tanto a las estructuras como a las personas. El análisis científico de la realidad, por su mismo carácter, lleva a centrar la atención sobre males y reformas estructurales, pero el análisis filosófico (y el teológico) muestra que las dimensiones y las realidades personales son también momentos importantes de las estructuras históricas, con una entidad propia y una relativa autonomía, y que, por tanto, no pueden soslayarse en la tarea histórica de liberación. Expresado de otra manera esto mismo: la universidad debe pretender la liberación y la realización personal, pero esta no se logrará de forma realista si no se enmarca dicha liberación en la construcción de nuevas estructuras que exijan el comportamiento libre y pleno de las personas.

recuperación del ámbito real para una auténtica entrega y realización personal.

## 8. El sentido cristiano de la universidad

La UCA es una universidad de inspiración cristiana. El 30 de septiembre de 1988, en el acto de graduación de una promoción de la UCA, Ellacuría recordaba que “esta universidad fue promovida por un grupo de cristianos, encuadrados en la Federación de Colegios Católicos, y encargada a los jesuitas para que la fueran desarrollando como universidad”, por lo que “suele decirse que la UCA es una universidad de los jesuitas, no en el sentido que sea propiedad de ellos, sino en el sentido que han sido ellos sujeto principal de su conducción”<sup>51</sup>.

Ahora bien, para él, la inspiración cristiana de la universidad no debe ser algo que solo esté en el orden de los estatutos, sino que tiene que ser una realidad práctica. Pero incluso en este plano, “el cristianismo de una universidad no puede medirse ni por las doctrinas que propugne, ni por los sacramentos que imparta, ni por las prácticas piadosas que realice”<sup>52</sup>. Para esto están las llamadas universidades pontificias o católicas.

Una universidad de inspiración cristiana debe inspirarse no en cualquier cristianismo, sino en una visión latinoamericana del cristianismo que entiende —dice Ellacuría— “el proceso histórico de la salvación como una liberación de la historia. No que la historia de la salvación se agote en una salvación en la historia, pero sí que pase por ella”<sup>53</sup>.

Por ello, afirma que, así como Jesús de Nazaret no se anunció a sí mismo como mesías, sino que anunció el reino de Dios, así también “una universidad de inspiración cristiana lo será tanto más cuanto más contribuya a que se vaya haciendo realidad esa utopía

anunciada y prometida por Jesús, que es el reino de Dios”<sup>54</sup>, un reino que, en palabras de Ellacuría, necesita ingenieros, economistas, administradores de empresas, contadores públicos, especialistas en computación, químicos, psicólogos, sociólogos, filósofos, letrados, juristas y políticos, entre otros.<sup>55</sup>

En la teología cristiana, el reino de Dios es un modelo de humanidad, un modelo de sociedad, aquel en el cual todos sus miembros son respetados en su dignidad como seres humanos. No es un modelo económico o político entre otros, sino una invitación a que cualquier modelo social esté al servicio de la construcción histórica del bien común para superar el mal común dominante.

“Ese reino de Dios no se identifica con un modelo concreto de sociedad, sobre el cual Jesús nos dijo palabras muy precisas, pero sí reclama un modelo de sociedad en el cual todos los hombres, no sólo unos pocos, puedan disfrutar de las condiciones mejores para ser más hombres, más felices, más humanos; para que todos los hombres vivan dignamente como hijos del mismo Padre y hermanos entre sí; para que el mundo quede estructurado no desde la fuerza y el poder del pecado, sino desde la fuerza y el poder del amor divino y de la gracia; para que sea posible la plena libertad de todos, por un proceso de liberación de la concupiscencia, de la ley, del pecado y de la muerte; para que el mundo y la sociedad, en vez de ser un lugar inhóspito, donde predomine el egoísmo, en el que el hombre sea un lobo para el hombre y se idolatren y absoluten valores negativos, llegue a ser una nueva ciudad en la que cohabiten, sin dañarse, el león y el lobo con las ovejas, en donde las armas se conviertan en arados, en donde los pobres y los débiles sean los más favorecidos, en donde

51 Ellacuría, I. (1988). Inspiración cristiana de la UCA en la docencia, en Autor. (1999), *op. cit.*, p. 288.

52 Ellacuría, I. (1975). Diez años después, ¿es posible una universidad distinta?, en Autor. (1999), *op. cit.*, p. 89.

53 *Ibid.*, p. 89.

54 Ellacuría, I. (1988). Inspiración cristiana de la UCA en docencia, en Autor (1999), *op. cit.*, p. 290.

55 *Ibid.*, pp. 290-291.

se busque el camino de la felicidad, más por el dar que por el recibir, en donde predomine el espíritu de las bienaventuranzas y de todo el sermón de la montaña”<sup>56</sup>.

En esto consiste la inspiración cristiana de una universidad como la UCA: en poner toda la universidad al servicio de la construcción del reino de Dios, al servicio de la transformación de nuestra sociedad en otro modelo de sociedad donde todas las personas, sin excepción, vivan con sus derechos humanos permanentemente respetados; y en hacer todo eso “universitariamente”. La palabra que resume todo este programa es *liberación*, una liberación que “se refiere tanto a las estructuras como a las personas, tanto a las necesidades de la naturaleza como a las opciones de la historia”.

Ahora bien, esta liberación no va solamente *de dentro a fuera* del sistema, de los integrados en él a los excluidos por él; también va *de fuera a dentro*: la liberación social viene de los excluidos, lo cual constituye una idea central del cristianismo:

“El cristianismo... ve en los más necesitados, de una u otra forma, a los redentores de la historia, a los privilegiados del reino de Dios, en oposición a los privilegiados de este mundo, propugna la negación de elementos deshumanizadores como son el ansia de riqueza, de honores, de poder, el halago de los poderosos de este mundo; propugna la sustitución del egoísmo por el amor como motor de la vida humana y de la historia y pone el centro de interés en el otro, en la entrega a los demás, más que en la exigencia de los otros, en beneficio propio; quiere más servir que ser servido; promueve el rechazo de las desigualdades injustas; afirma el valor trascendente de la vida humana, el valor de la persona, vista

desde el Hijo de Dios y, consiguientemente, la solidaridad y la fraternidad entre todos seres humanos; despierta la necesidad de un futuro siempre mayor y desata así la esperanza activa de quienes quieren hacer un mundo más justo en el que, por lo mismo, Dios puede mostrarse más plenamente... Como todos estos valores no son puras confesiones ideales, sino exigencias fundamentales que han de ser vividas y ejecutadas, la presencia de la inspiración cristiana, sin necesidad de muchas confesiones explícitas, es un principio potenciador del trabajo universitario”<sup>57</sup>.

### 9. Impedimentos coyunturales y estructurales de la misión universitaria

Todo este planteamiento en torno a la universidad puede sonar a discurso ingenuo cargado de buenas intenciones. Sin embargo, Ellacuría no era nada ingenuo. Dirigió un departamento y una universidad durante veinte años, y todo ello no en medio de la paz del campus, sino en plena revolución social, en plena guerra civil, intentando analizar la realidad nacional en la universidad, intentando aportar elementos para conducir al país hacia una paz justa, como ya lo apuntamos al inicio del artículo. Ellacuría sabía que lo que escribía era difícil de realizar; pero, al mismo tiempo, sabía que en esa utopía latía una verdad histórica que acabaría por ver la luz algún día.<sup>58</sup>

En un artículo en el décimo aniversario de fundación de la UCA, Ellacuría enumeró los impedimentos, tanto coyunturales como estructurales, para desplegar esta actividad universitaria de inspiración cristiana. Ellacuría decía que “el carácter de realidad social de la universidad con su dependencia necesaria de la sociedad en la que se encuentra, la fundamental estructura ‘burguesa’ de tipos de universidad como la nuestra y los tanteos

.....  
56 *Ibid.*, p. 290.

57 Ellacuría, I. (1975). Diez años después, ¿es posible una universidad distinta?, en Autor (1999), *op. cit.*, p. 92.

58 Cf. Sols Lucia, J. (2016). El pensamiento de Ignacio Ellacuría acerca de la función social de la universidad. *Arbor*, 192 (782), pp. 7 y ss. <http://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/view/2168/2923>.

de un proceso de búsqueda, pueden agrupar el conjunto de dificultades estructurales y coyunturales, que han hecho difícil la misión universitaria, entendida como lucha por la transformación radical de un pueblo”<sup>59</sup>.

Este planteamiento destaca uno de los más grandes de los impedimentos estructurales con que la universidad se encuentra para desplegar esa utopía que antes se ha descrito: al ser la universidad una realidad social e histórica, situada en una sociedad concreta, la universidad acoge todas las contradicciones inherentes al sistema. No tiene ningún sentido hacer de la universidad una isla social, una excepción dentro del sistema. “El intento de entenderse a sí misma como algo fuera de la sociedad, como algo inmune a las solicitudes y a las presiones de la sociedad, es un intento ideologizado y, en definitiva, contraproducente para lograr de veras una cierta separación de lo que es la sociedad, en un momento dado. La universidad en un país socialista es algo distinto esencialmente a lo que es la universidad en un país capitalista, por más que muchos de sus elementos sean comunes y en apariencia los mismos”<sup>60</sup>. Ellacuría subraya tres factores principales de condicionamiento social, que representan impedimentos al cumplimiento de la misión universitaria.

En primer lugar, dependencia de factores económicos. La universidad necesita mucha abundancia de recursos para funcionar. Estos recursos tienen tres fuentes posibles: los aportes del alumnado, del Estado y de entidades financieras privadas. En los tres casos, los que dan dinero lo hacen si creen que la universidad les va a aportar algún beneficio: los estudiantes buscan una formación excelente y un título que sea reconocido nacional e internacionalmente; el Estado quiere ver cómo la universidad sigue las líneas que el Estado ha trazado en su legislación; y las

entidades financieras privadas esperan algún tipo de beneficio futuro. Todo ello hace que la universidad pierda autonomía. Ellacuría reconoce que es un problema serio: “¿Podrá ser libre una universidad que depende de recursos económicos provenientes de fuentes, que pueden cerrarse a discreción? ¿Podrá una universidad que busca la transformación radical apoyarse en quienes no ven ventaja alguna para ellos en los caminos de esa transformación radical?”<sup>61</sup>.

En segundo lugar, tenemos lo que Ellacuría denomina la resistencia sociopolítica de los intereses dominantes.<sup>62</sup> Hay siempre una amenaza potencial por parte de los que detentan el poder respecto a sus disidentes y de los que lo cuestionan. Esa presión del poder puede presentarse en formas muy distintas: desde campañas sistemáticas en contra de la institución universitaria y contra algunas personas de la universidad hasta medidas directamente represivas para intentar que la universidad se doblegue a su orientación política.

Pero también puede venir de dentro. En primer lugar, de su alumnado, “que no quiere ser perturbado en sus intereses actuales o futuros y que prefiere una preparación técnica, que no le cuestione ni respecto de sus compromisos actuales con la sociedad ni respecto de su futura incardinación ética en la estructura y en el dinamismo del país”. En segundo lugar, de su profesorado, una resistencia que puede ser más pasiva que activa: “En cuanto el profesorado interviene como profesional —lo que no ocurre normalmente entre quienes están dedicados a tiempo completo a la universidad— en las exigencias empresariales al servicio de las clases dominantes o, al menos, de la estructura actual de la sociedad, se convierte ‘profesionalmente’ en hombre del sistema imperante”<sup>63</sup>, por lo que le resulta difícil a un profesor que vive del

59 Ellacuría, I. (1975). Diez años después, ¿es posible una universidad distinta?, en Autor (1999), *op. cit.*, p. 69.

60 *Id.*

61 *Ibid.*, p. 70.

62 *Ibid.*, p. 71.

63 *Id.*

sistema erigirse en agente crítico de este; sin olvidar al profesorado de materias técnicas, que consideran que su docencia es o debe ser técnica, neutra ante la problemática social: “[T]ambién se presenta la dificultad, porque parte del profesorado, el dedicado a las materias más técnicas, o no se percata de su responsabilidad política o no ve cómo vincularla con el carácter técnico de su propia disciplina”<sup>64</sup>. Y, en tercer lugar, Ellacuría menciona también a las propias autoridades universitarias, que pueden ver en la politización de la universidad una fuente de peligro para la dirección de la universidad.

Finalmente, tenemos la *escasez de recursos aptos*.<sup>65</sup> En un país como El Salvador de los años setenta y ochenta, no era fácil encontrar profesores con una excelente formación académica y capacidad técnica, y cuando alguno despuntaba, fácilmente era captado por la empresa privada con un sueldo muy superior al que recibía en la universidad. Por ello, Ellacuría lamenta que la universidad a menudo gestione mal sus recursos y no sepa aprovechar al máximo de los que dispone. “Es... muy discutible si la utilización de los recursos económicos en la planta física de la universidad no ha sido la más conveniente éticamente, si tenemos en cuenta el ingreso *per cápita* del país y la impronta psicológica que puede causar tanto a quienes unen su propia imagen profesional con la imagen física de la universidad, como a quienes no tienen acceso a ella, a una universidad que dice dedicarse a su servicio y que, sin embargo, presenta una fachada, que solo pueden entender distante”<sup>66</sup>.

La concepción de universidad de Ignacio Ellacuría es claramente alternativa a dos modelos que abundan por Occidente, en especial en América Latina: la universidad que rehúye entrar como institución en debates sociales o políticos, que prefiere mantener su excelencia académica, y que, como mucho,

admite que ciertos profesores u organizaciones estudiantiles se movilicen en una dirección u otra, sin que nada de ello implique a la institución como tal; y la universidad convertida en un centro de agitación política contra la dictadura o contra una clase dirigente vista como injusta, olvidando su identidad universitaria.

Lejos de estos dos modelos, uno alejado del mundo y el otro alejado del rigor universitario, Ellacuría promueve un modelo de universidad que tome conciencia de su misión política, que no es otra que la de analizar exhaustiva y críticamente la realidad histórica en la cual la universidad en cuestión tiene incidencia, para tratar de transformarla. Obviamente, esta transformación no se puede hacer a ciegas; ni siquiera se puede admitir que cada profesor tenga su propio horizonte, independiente de los horizontes de los demás. Una universidad como la UCA, esto es, de la Compañía de Jesús y de inspiración cristiana, debe saber antes que nada qué modelo de ser humano y de sociedad pretende construir, un modelo inspirado en lo mejor de la tradición de un cristianismo liberador.<sup>67</sup>

Este modelo es universal y al mismo tiempo local. Es universal, dado que la misma fe cristiana inspira a todos los centros superiores de la Compañía de Jesús del mundo, tal como ha sido defendido por los últimos prepositos generales. Y este modelo es local, nacional, contextualizado, dado que la universidad está al servicio de la sociedad en la cual está ubicada: El Salvador, Centroamérica, en el caso de la UCA.

Por ello, aun cuando el trabajo de docencia, de investigación y de proyección social de una universidad pueda parecer primordialmente teórico, es en realidad eminentemente práctico, o, mejor dicho, pretende ser una contribución fundamental al necesario momento teórico de los procesos prácticos de transformación histórica.

64 *Id.*

65 *Ibid.*, p. 72.

66 *Id.*

67 Cf. Sols Lucia, J. (2016), *op. cit.*, pp. 9-10.